



MARY OLIVER

Nació en 1935 Maple Heights, Ohio, en el seno de una familia disfuncional. Por esa razón, desde muy pronto la escritura, la lectura y las escapadas a los bosques cercanos se convirtieron en tempranas herramientas de huida o defensa. Estudió en la Universidad Estatal de Ohio y en el Vassar College, aunque no llegó a obtener ningún título ni tuvo mayor interés en ello. A los veintiocho años publicó su primer poemario, y desde entonces su trabajo siempre se inspiró más en la naturaleza que en el mundo humano, y provino de su inexpugnable y constante pasión por los paseos solitarios por territorios salvajes. Ganó tanto el National Book Award como el Premio Pulitzer, impartió clases en la Universidad Case Western Reserve, ocupó la cátedra Catharine Osgood Foster en el Bennington College y fue doctora *honoris causa* por cuatro universidades distintas. Es autora de más de una treintena de libros, la mayoría poemarios y unos pocos ensayos, entre los que cabe destacar, además de *La escritura indómita*, *Winter Hours: Prose, Prose Poems and Poems* (1999), *Why I Wake Early* (2004) o *Blue Horses* (2015).



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LA ESCRITURA INDÓMITA

MARY OLIVER

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2021

TÍTULO ORIGINAL: *Blue Pastures*

© Mary Oliver, 1995, 1992, 1991.

Published by special arrangement with Houghton Mifflin Harcourt
Publishing Company

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2021

© Errata naturae editores, 2021

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-63-5

DEPÓSITO LEGAL: M-2198-2021

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE PORTADA: *River in the dark forest*, Getty Images

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

<i>Mary Oliver: Un hilo y otro hilo y otro hilo</i> Elena Medel	11
LOS TERRITORIOS SALVAJES DE LA CREACIÓN	27
EN HERRING COVE	37
MI AMIGO WALT WHITMAN	43
EL ALARIDO DEL BÚHO	49
AZULES PRADERAS	59
CUATRO ACOMPAÑANTES CON ALEGRÍA DE VIVIR	69
LAS LAGUNAS	77
PLUMA, PAPEL Y UN SOPLO DE AIRE	87
ALEVINES	109
SOBREVIVIR	113
LA CASA DE EDNA ST. VINCENT MILLAY	125
LENGUADINAS (PRIMERA PARTE)	143
UNAS POCAS PALABRAS	147
LA VOZ DEL POETA	153
LENGUADINAS (SEGUNDA PARTE)	179
EPÍLOGO	183
AGRADECIMIENTOS	185

LOS TERRITORIOS SALVAJES
DE LA CREACIÓN

Es una mañana plateada como otra cualquiera. Estoy sentada ante mi escritorio. Y suena el teléfono, o alguien llama a la puerta. Yo estoy enfrascada en la maquinaria de mis cavilaciones. A regañadientes me levanto, contesto el teléfono o abro la puerta. Y la idea que acariciaba ya con las manos, o con la punta de los dedos, se desvanece.

El trabajo creativo requiere soledad. Requiere concentración, sin interrupciones. Requiere la totalidad del cielo para surcarlo y ningún ojo que observe hasta que alcance esa certeza a la que aspira, y que no necesariamente posee de inmediato. Es decir, intimidad. Un espacio aislado; para deambular, roer lápices, garabatear y borrar y de nuevo garabatear.

Pero en ciertas ocasiones, si no muchas, la interrupción no proviene de otro, sino del propio yo, o de un yo dentro del yo que silba y aporrea la puerta y se tira en bomba en el estanque de la meditación. Y ¿qué te dice? Que has de

llamar al dentista, que te has quedado sin mostaza, que el cumpleaños de tu tío Stanley es dentro de dos semanas. Por supuesto, reaccionas. Y luego vuelves al trabajo, sólo que los duendecillos de las ideas han huido y desaparecido entre la bruma.

Es a esta fuerza interna —este interruptor íntimo— a quien quisiera seguir la pista. El mundo muda de piel con la fuerza de un espacio abierto y colectivo, con sus muchas interacciones, tal y como se espera del mundo. ¿Cómo objetar algo al respecto? Pero que una misma pueda interrumpirse a sí misma —y que lo haga— es una cuestión más misteriosa y peculiar.

Yo misma encierro al menos tres identidades. Para empezar, la niña que fui. ¡Indudablemente, ya no soy esa niña! Y, sin embargo, a lo lejos, o a veces no desde tan lejos, oigo la voz de esa niña, percibo su esperanza o su angustia. No ha desaparecido. Vigorosa, egoísta, insinuante; su presencia surge del recuerdo o del vaporoso río de los sueños. No se ha ido, ni por lo más remoto. Me acompaña en este preciso instante. Me acompañará en la tumba.

Está también el yo obsequioso, social. Es la que sonrío y la conserje. Es la parte que da cuerda al reloj, la que se ocupa de los quehaceres cotidianos, la que recuerda las citas que hay que organizar, y la que acude a ellas. Es esclava de mil y una obligaciones. Discurre por las horas del día como si el propio movimiento fuese la verdadera tarea. Apenas le interesa si en su devenir cosecha algún saber colateral, o ninguno. Lo que este yo oye día y noche,

lo que ama por encima de todas las melodías, es el incesante avance de las manecillas del reloj, esas medidas estrictas y vivarachas, y preñadas de certeza.

¡El reloj! ¡Calavera lunar de doce dígitos, immaculado vientre de araña! ¡Qué serenas se mueven sus agujas metálicas, y qué diligentes! ¡Doce horas, y doce horas más, y vuelta a empezar! ¡Come, habla, duerme, cruza la calle, friega los platos! El tictac del reloj no se detiene. Sus perspectivas son tan amplias... tan *normales*. (Ojo a esta palabra). Cada día, doce recipientes con los que poner orden en una vida desordenada, y en una mente aún más desordenada. Resuena el reloj del campanario, y el rostro que llevamos en la muñeca zumba o reluce; el mundo está acompañado consigo mismo. Transcurre otro día, un día normal y *corriente*. (Ojo también a esta palabra).

Supongamos que has reservado un billete de avión y pretendes volar de Nueva York a San Francisco. ¿Qué le pides al piloto cuando subes a bordo y ocupas tu asiento junto a la ventanilla, que no puedes abrir pero a través de la cual observas la vertiginosa altura a la que te elevas desde la segura y amable tierra?

Con toda certeza, deseas que el piloto represente su yo normal y corriente. Deseas que acometa y lleve a cabo su obligación con sosegado deleite, ni más ni menos. No buscas nada sofisticado, nada novedoso. Le pides que haga, sistemáticamente, lo que mejor sabe hacer: pilotar un avión. Confías en que no sueñe despierto. Confías en que sus pensamientos no tomen una deriva

curiosa. Quieres que sea un vuelo ordinario, no extraordinario. Lo mismo ocurre con el cirujano, y con el conductor de ambulancias, y con el capitán de barco. Que trabajen, como suelen hacerlo, con la confiada familiaridad que requiere cada tarea, y nada más. Su normalidad encarna la garantía del mundo. Su normalidad mueve el mundo.

También yo vivo en este mundo normal y corriente. En él nací. Sin duda, la mayor parte de mi educación estuvo encaminada a que me sintiese cómoda en él. Por qué fracasó esa empresa es otra historia. Esas cosas pasan, y entonces, como en todo, el fracaso acaba actuando en beneficio del mundo, pues el mundo necesita tanto soñadores como zapateros. (Lo cierto es que no es tan sencillo: ¿qué zapatero no se golpea de vez en cuando un dedo con el martillo por dejar, como solemos decir, «vagar» sus pensamientos? Y cuando el añejo cuerpo animal reclama atención, ¿qué soñador no tiene cada tanto que abandonar las ensoñaciones e ir corriendo al mercado antes de que cierre, si no quiere pasar hambre?).

Y esto también es cierto: en el ámbito del trabajo creativo —trabajo creativo *de todo tipo*—, los artistas laboriosos del mundo entero no tratan de ayudar a que el mundo siga girando, sino a que avance. Lo cual está en las antípodas de lo ordinario. En realidad, dicho trabajo no rebate lo ordinario. Es, sencillamente, otra cosa. Su labor requiere otra perspectiva; otra serie de prioridades. No cabe duda de que dentro de cada uno de nosotros hay un yo que no es ni un niño, ni un siervo de las horas. Es un tercer

yo, esporádico en algunos de nosotros, déspota en el caso de otros. Este yo siente desapego por lo ordinario; siente desapego por el tiempo. Tiene hambre de eternidad.

El trabajo intelectual, en ocasiones; el trabajo espiritual, con toda certeza; el trabajo artístico, siempre: éstas son las fuerzas que están bajo su influjo, fuerzas que deben trascender la esfera de las horas y la limitación de la costumbre. Tampoco puede dissociarse el trabajo real de la vida misma. Como los caballeros de la Edad Media, poco puede hacer la persona con inclinaciones creativas más allá de prepararse en cuerpo y alma para la futura tarea, pues las aventuras que le esperan son inciertas. A decir verdad, el propio trabajo es la aventura. Y ningún artista podría abordar este trabajo, ni querría hacerlo, con una energía y una concentración menos que extraordinarias. La clave del arte es lo extraordinario.

Tampoco es posible controlar, o regular, el mecanismo de la creatividad. Una debe trabajar con las fuerzas creativas, porque no trabajar con ellas es trabajar contra ellas; en el arte, como en la vida espiritual, no hay espacio neutral. Sobre todo al principio, la disciplina es tan necesaria como la soledad y la concentración. Establecer un horario para escribir es una buena recomendación para jóvenes escritores, por ejemplo. Además, basta con decirles eso. No conviene contarles toda la verdad demasiado pronto: que hay que estar disponible a todas horas, y siempre; que las ideas, con sus resplandecientes formas y a pesar de toda nuestra disciplina consciente, surgirán cuando se les antoje y agitarán veloces sus alas,

desordenadas, temerarias, tan incontrolables, en ocasiones, como la pasión.

Nadie ha elaborado aún una lista de lugares donde lo extraordinario podría o no suceder. Así y todo, existen indicios. En espacios concurridos, en salones, entre desahogos y comodidades, raramente se halla. A lo extraordinario le gustan los espacios abiertos. Le gusta una mente concentrada. Le gusta la soledad. Es más probable que se arrime al temerario que al apoltronado. No es que desprecie las comodidades, o las rutinas establecidas del mundo, pero sus inquietudes apuntan a otro sitio. Sus inquietudes son el límite, y la creación de una forma a partir de lo informe que se sitúa más allá del límite.

De esto no cabe duda: el trabajo creativo exige una lealtad tan absoluta como la lealtad del agua a la fuerza de la gravedad. Aquel que atraviese los territorios salvajes de la creación y no sepa esto —no lo asimile—, estará perdido. Aquel que no anhele ese espacio a cielo descubierto que es la *eternidad*, debería quedarse en su casa. Una persona así es perfectamente válida, y útil, e incluso excelente, pero no es un o una artista. Una persona así viviría mejor con ambiciones puntuales y tareas consumadas, engendradas tan sólo por la chispa del momento. Una persona así haría mejor en abandonar y pilotar un avión.

Existe la creencia de que las personas creativas son despistadas, imprudentes, desconsideradas con las costumbres y las obligaciones sociales. Por fortuna, es cierto. Porque viven en un mundo completamente distinto. En un mundo donde gobierna el tercer yo. La pureza del

arte tampoco es la inocencia de la infancia, si es que tal cosa existe. La vida durante la niñez, con sus berrinches y vaivenes, no es sino hierba para el caballo alado: ha de ser bien masticada por sus dientes primitivos. Hay diferencias irreconciliables entre reconocer y examinar las fabulaciones del propio pasado y disfrazarlas como si fueran motivos adultos, aptos para el arte, cuando nunca lo serán. El artista trabajador y concentrado es un adulto que se niega a que lo distraigan de sí mismo, que se mantiene absorto y motivado en y por su trabajo, y que es, por lo tanto, responsable de dicho trabajo.

Así pues, las interrupciones graves del trabajo que puedan ocurrir una mañana o tarde cualquiera no son las inoportunas, felices o incluso deseadas que nos causan los demás. Las interrupciones graves provienen del ojo vigilante que cernemos sobre nosotros mismos. ¡Ahí está la ráfaga de viento que desvía la flecha de su objetivo! Ahí está el freno que echamos a nuestros propósitos. ¡Ahí está la interrupción digna de temor!

Son las seis de la mañana y estoy trabajando. Soy despistada, imprudente, desconsiderada con las obligaciones sociales, etcétera. Así es como debe ser. La rueda se pincha, la muela se cae, habrá cien comidas sin mostaza. El poema se escribe. He luchado contra el ángel y estoy teñida de luz y no siento vergüenza. Ni culpa. Mi responsabilidad no es ni lo ordinario ni lo puntual. No contempla la mostaza ni las muelas. No abarca el botón perdido, ni las alubias en la cazuela. La lealtad se la debo a la visión